

LA PROTECCION DE LAS AVES

Por LUIS M. DINELLI

(Continuación de la pág. 488, Vol. VI)

FENÓMENOS METEOROLÓGICOS. — Hablando de estos fenómenos como destructores de aves entramos en un terreno rodeado, no de misterio, sino de dificultades en puntualizarlos. Nosotros, que nos ocupamos de exploraciones y observaciones, obligados por nuestro oficio, podemos demostrar su influencia devastadora para todas las aves.

En tiempos pasados, en la provincia de Tucumán, durante la estación de invierno, bajaban gran cantidad de *Xolmis murina*, muchas *X. coronata* y otras. De a poco empezaron a mermar, y en la actualidad se han puesto rarísimas. Con las *Xolmis* venían *Phrygilus*, *Upucerthia*, *Asthenes d'Orbignyi*, *Diuca* y otras avecitas más que no puedo enumerar; todas especies que han dejado de visitarnos casi del todo. Se trata de avecitas no necesarias ya en nuestras colecciones por demasiado comunes y no buscadas por ningún Museo.

A la pobreza de aves de invierno hay que añadir las especies de verano, que también han tenido que soportar el fenómeno aniquilador y puntualizamos que se trata de aves no interesantes como elemento de caza.

Hay una coincidencia muy importante que espera una interpretación.

He visto que, cuando en Tucumán teníamos buenas cosechas en colecciones de aves, también las teníamos en insectos. En la actualidad la escasez la tenemos en todo.

Esto se observa desde hace veinte años; yo no anoté la fecha precisa por cuanto mis actividades pasaron a la topografía y a la hidráulica, pero puedo referirme a los tiempos que fuí constante coleccionista. En los años 1902 a 1910, en la ciudad de Tucumán, durante las noches, a la luz de las lámparas y al amanecer, se coleccionaban insectos en abundancia, lepidópteros nocturnos mayores y una infinidad de microlepidópteros. Ahora ya no hay.

Pero Tucumán es ciudad, y dejémosla a un lado para pasar a los campos que frecuento. Bueno, como en la ciudad, hay allí una pobreza absoluta; no hay que pensar en reunir insectos nocturnos en nuestras planicies.

Es natural, las especies insectívoras necesitan insectos; no habiéndolos, no puede haber el ave. ¿Cuál será la causa de tanta escasez? Debe haber acontecido algún cambio en nuestro clima que ha determinado la disminución de la fauna insectívora.

He observado que durante una primavera precoz, con buena elevación térmica, se desarrollan las plantas hasta cubrirse de hojas. Es sabido que, por la misma razón, los insectos despiertan; hace eclosión el huevo y el capullo para salir la imagen de acuerdo al estado de la vegetación. Cuando todo parece una primavera avanzada, un temporal persistente seguido de heladas, marchita las hojas tiernas. Los insectos deben haber sucumbido junto con la vegetación.

Estos fenómenos no son locales, más bien abarcan zonas extensas, y deben haber tocado los puntos en donde se reproducen las aves actualmente escasas y forzosamente tienen que haber sentido la influencia agobiadora de estos fenómenos.

No puede ser que tantas especies, en otros tiempos abundantes, hayan cambiado de lugar de estadia invernal *para siempre*; tienen que haber su- cumbido.

Me he fijado en el gorrión; esta ave casera o de la ciudad, ha disminuído enormemente; ya no veo las madres seguidas de varios hijos en las plazas, como las veía antes, y es debido a la falta de larvas en el tiempo de criar. Sabemos que para alimentar los hijos necesitan más que todo larvas de lepidópteros (orugas); faltando este alimento se hace casi imposible la crianza. Si faltan los insectos, no puede haber tampoco larvas en los alrededores.

En América, como en Europa, la aparición extemporánea de bandadas de golondrinas (*Hirundo*), generalmente en otoño, es siempre anuncio de un serio desequilibrio atmosférico. Si capturamos ejemplares de tales bandadas los hallaremos enflaquecidos y debilitados, y, si no se produce un cambio favorable de inmediato, toda la bandada está en peligro de perecer. La muerte se produce más bien por desbande, lo que es difícil de constatar. Las golondrinas, para iniciar sus travesías, deben estar en pleno vigor. Que las tormentas y tempestades duraderas en tiempo de emigración de las aves impide o posterga la fecha de la iniciación del paso es un hecho conocido, como conocidas son las consecuencias funestas sobre sus vidas. Y es así que, obligadas a demorar o cambiar rumbo cuando los insectos se retiran, las golondrinas están expuestas a perecer.

Hay inviernos en que se produce mortandad de picaflores; es de suponer que debe coincidir con las condiciones climatéricas desfavorables; tal vez heladas precoces y persistentes que matan y desalojan las arañitas de las flores, alimento del picaflor.

Nos consta por los ejemplares que nos envían para preparar, enflaquecidos o muertos, a veces secos, que dicen hallarlos refugiados debajo de los aleros en la campaña o arrinconados en lugar abrigado de los ranchos, donde quedan imposibilitados de volar. El picaflor no tiene letargo, y cuando se lo halla en ese estado es que la muerte es inminente por las causas anotadas.

Desde el año 1900 al 1912 el picaflor, *Colibrí serrirostris*, nidificaba en Tucumán, y era tan abundante que no se pensaba en reunir más ejemplares. Prefería la florescencia de una bignoníacea, planta comunísima. Actualmente ha desaparecido de nuestra provincia por completo; ¡se diría extinguido!

El *Leucippus chionogaster hypoleucus*, no hay más que una cuarta parte, mientras que la florescencia de la solanácea de su preferencia siempre está!

Tomemos a otro troquílido, el *Heliomaster furcifer*. En Santiago del Estero, cuenca del río Dulce, a 260 metros de altitud, cuando una betulácea está en flor, es tanta la abundancia de este picaflor, que se tiene que limitar la captura por no tener tiempo de prepararlo. Solamente que, a pesar de no ser época de amores, se consigue una ♀ sobre, más o menos, 20 ♂.

¿Qué se puede deducir de estas rarezas? Las dos primeras especies han sido castigadas por los agentes climatéricos; pero en el *Heliomaster furcifer* siempre abundaron los ♂, coeficiente en contra de su reproducción.

EL HOMBRE. — Lejos del poblado había un hermoso campo en el bosque, playa y valle. A menudo yo visitaba este paraje en donde hallaba buenas piezas, a veces raras, necesarias en mi colección. En este campo crecían y se multiplicaban muchas especies de aves.

Un día vino el hacha, luego el arado, desalojando en pocas semanas toda su avifauna.

El cultivo es más necesario que las aves, y las aves que se vayan a donde puedan. En este campo, ya cultivado, se edificaron pequeños ranchos, alrededor de los cuales se dejaron plantas para sombra y crecieron otras cultivadas.

Las avecitas parecen amigas del hombre, y una parte de las desalojadas se instalaron alrededor de las casitas para nidificar en los árboles que quedaron. Las aves ven que allí no se aproxima el accipitrino, las comadrejas, el zorro, porque vive el hombre; pero no conoce la crueldad de éste.

En donde hay muchachos ningún nido se salva, pero la destrucción del nido no es nada; lo que es grave es que los padres entregan las avecitas apenas plumadas en manos del niño para que se deleite, les atan un piolín en las patas, permitiendo que el avecita tenga que soportar la más larga y cruel agonía que se pueda imaginar.

El nido de hornero, benteveo, tanagra o cualquiera que esté al alcance de la mano del niño es destruido. Los que están fuera del alcance son pinchados con varillas o cañas para revisar su contenido; ni el pequeño picaflor, que por ironía, lo llaman el ave de Dios, es respetado. Tengo mucho interés que se sepa que este exterminio y esta mortificación se

observa en todas las casas de campo en donde hay chicos y padres inconscientes, por no decir crueles.

Son raros los padres que piensan en hacer respetar la cría del ave.

Es imposible calcular cuán grande es la destrucción de aves que confían en el hombre, en aquel que debería, por corazón y cultura, protegerlas. Excuso es decir lo que el niño hará más allá de la casa.

He visto que toda enseñanza o recomendación dada en la escuela es cosa vana.

Son los padres los que deben tener compasión y hacer respetar las aves y sus nidos.

Hay que vivir entre ellos para darse cuenta de la magnitud de los hechos referidos.

Viene la honda, que en manos de los muchachos es otra arma destructora de aves, no tanto por lo que matan, sino por lo que ahuyentan en trance de nidificar o de incubar.

Según refiere el coleccionista Budin, la honda es un serio peligro cuando está en manos de los indios. Agrega que: en todas partes hay autos, y en todas partes revientan cámaras; éstas son las que utilizan para confeccionar sus hondas, que arman en una horqueta muy bonita. Una vez adquirida puntería no se separan de ella.

Dice: "Los indios hacen matanza de pequeñas aves, que les proporcionan su alimentación. No hay que dudarlo; ellos son haraganes, pero incansables cazadores y expertos tiradores. Parece un hecho que en donde hacen sus cacerías han enrarecido enormemente las pequeñas aves de bosques y matorrales".

Sin embargo, yo supongo que el indio no alcanza a contribuir en la destrucción como el vasto fenómeno meteorológico.

LOS CAZADORES. — Las sociedades protectoras de aves deberían conseguir que se imprima en el dorso de los permisos de caza, un reglamento que estimule la conservación y reproducción de las especies de aves que forman el material deportivo; estimular a los cazadores pudentes para la introducción y aclimatación de aquellas especies que son tan apreciadas en otros continentes.

Los cazadores no deseamos la extinción o reducción de las aves de caza; por el contrario, hemos siempre aprobado y apoyado el aumento y el respecto del material deportivo, ya que al disminuir la especie también disminuye el placer de la caza.

El verdadero cazador no es aquel que pone una rodilla en el suelo y en la otra apoya el codo del brazo izquierdo para disparar un tiro sobre una bandada de torcazas asentadas y bajar una media docena, hiriendo a diez más que se irán. El buen cazador debe cazar al vuelo.

Como anécdota voy a recordar una contestación mía dada a un paisano, que, por alabar me, después de haberme visto bajar al vuelo siete cipselidos, me dijo:

— ¿Conque Vd. no yerra tiro al vuelo?

Mi contestación fué:

— No, amigo! Yo tiro mucho al vuelo, mato mucho y yerro mucho.

Esta es la verdad para todo buen cazador que tira al vuelo. Los que tienen buena puntería de parado, no son buenos cazadores.

El cazador dañino es muy numeroso, y es aquel que reside en lugares de buena caza, que sin permiso, y a escondidas, caza en todo tiempo, no importándole la época de postura, y que impunemente puede aniquilar cuantas piezas estén a su alcance. Ya hay armas en todas partes, y yo, que frecuento tantos lugares de desierta campaña, veo que el destructor es el cazador clandestino, el que al amparo de la distancia nada deja. Gustoso refiero que de once *Mergus octosetaceus*, especie de pato tan deseado en los museos, sólo conseguí comprar y preparar tres; los otros ocho se los comieron unos cazadores.

He buscado de citar los mayores destructores de nuestra avifauna dejando a un lado los culpables de menor importancia, pues no pretendo conocerlos a todos.

Sin embargo, yo pienso, y me pregunto. ¿Tenemos el derecho de anular todo cuanto sea destructor de aves? Me parece que no. Solamente tenemos el deber de evitar lo que es crueldad e insensatez del hombre. Hay que poner término a la mortificación de las aves que nos rodean, limitar la caza desmedida. Pero no puedo aconsejar entrar en la eliminación severa de aquellas causas que la creación ha puesto en vigor.

Vamos a pensar lo que acontecería si el elemento parasitario puesto por la divinidad fuera diezmado demasiado; caeríamos en un mal peor.

Nunca he llevado compañía en mis largos años de excursiones, observaciones y de recolecciones de material para museos de H. natural.

Solamente por casualidad y por excepción me ha acompañado un coleccionista.

Repite que, en una sola excursión, una rara exploración no muestra lo que ha visto aquel que, en constante lucha y viajes seguidos, años tras años ha cruzado zonas en todas alturas, en cualquier tiempo del año. Hay momentos en que las colecciones se hacen difíciles por la pobreza de aves. Las especies se arrinconan en puntos fijos en donde encuentran algún alimento.

Los chingolos, mistos, cardenales, palomitas, vienen a los patios de las casas de campo desafiando la honda de los chicos con tal de conseguir algo de comer alrededor del mortero, chiquero, y hasta en el cuarto en donde quedan residuos de afrecho que se entregó a los pollos.

El alimento para las aves escasea en invierno; esto las induce a exponerse poniéndose en contacto forzoso con sus enemigos, cayendo víctimas de la necesidad.

Vemos claramente que después de tanto parasitismo y reducción de individuos la cantidad que queda se encuentra en estado de necesidad, y tenemos que conformarnos con decir que: Quedan y quedarán siempre las que pueden quedar.

Si nada viniera a equilibrar el número de seres con relación al mínimo de subsistencia, se tendría la inexorable desaparición por nombre en muchísimas, sino de todas las especies de aves delicadas. Y si pudiéramos trazar la curva anual de la alimentación existente, tendríamos oscilaciones pavorosas cuya magnitud formaría un buen paralelo con las curvas heliotérmicas.

Fué, pues, la Creación la que sentenció el mismo día que derramó sobre nuestra Tierra los seres vivientes ordenando a cada especie que para su subsistencia tenían que alimentarse de otra especie menor. No es posible calcular la cantidad de especies extinguidas, la mayoría creadas para servir de alimentación a las demás. No puede ser de otro modo, ya que desde el primer día que venimos a la vida tenemos que alimentarnos; otras razones no hacen falta, y, si nos fijamos bien, quizá el 70 % de las actuales especies de vertebrados viven aún a expensas de otros seres.

Y las aves, desgraciadamente, son y han sido un elemento importante para la subsistencia de muchísimos seres.

Voy a repetir una contestación risueña que un día di a mi amigo el sabio doctor Miguel Lillo, cuando, al presentarle una *Chunga burmeisteri* preparada, movido a compasión, me dijo:

— ¡Ella también tenía derecho de vivir, y usted la mató!

— Sí — contesté yo. — ¡Pero los pajaritos, los huevos, ratas y chorlos que se comió, también tenían derecho a vivir!

En la actualidad nuestras sociedades deberían buscar de proteger con tesón y con penalidades todas las especies en las que se observe una merma que haga suponer que se avecina su extinción; si esto acontece, que no sea por obra del hombre.

Yo, cazador y colecciónista, me asocio con todo entusiasmo a esta obra necesaria para todos y desde ya estoy a entera disposición de la comisión que se encargue de ello.

Por otra parte, veo que se les hace un cargo a los colecciónistas y se los coloca entre los destructores y extinguidores de especies raras.

Yo contesto: Si los colecciónistas fuéramos la causa de extinción y destrucción de ejemplares raros, entonces nuestra obra habría llenado los museos del mundo con preparaciones tan interesantes y de valor, lo que no es así.

Es un hecho bien conocido y lógico que las especies raras son precisamente las que faltan en las colecciones de los museos. Mas, cuando una especie se hace rara, pero de la cual los museos tienen lo necesario, no se debe coleccionar más. Todo esto demuestra que la obra de disminución o exterminio no es obra de los coleccionistas.

Para acusar, primero hay que ser del oficio, provecito y no aficionado; entonces verán cuán ingrato es el resultado al ponerse a coleccionar huevos, tarea penosa y a veces expuesta, y con un rendimiento miserable. Los nidos son numerosísimos, pero su búsqueda no es siempre fácil, aun para nosotros, que somos incansables, avezados, aguerridos y capaces.

NIDOS DE HORNEROS

La fotografía que se publica (fig. N° 1) la debemos a una atención del señor Enrique Fabini, que reside en el Departamento de Minas (R. O. U.), a quien recurrimos por indicación del señor Juan Burghi.

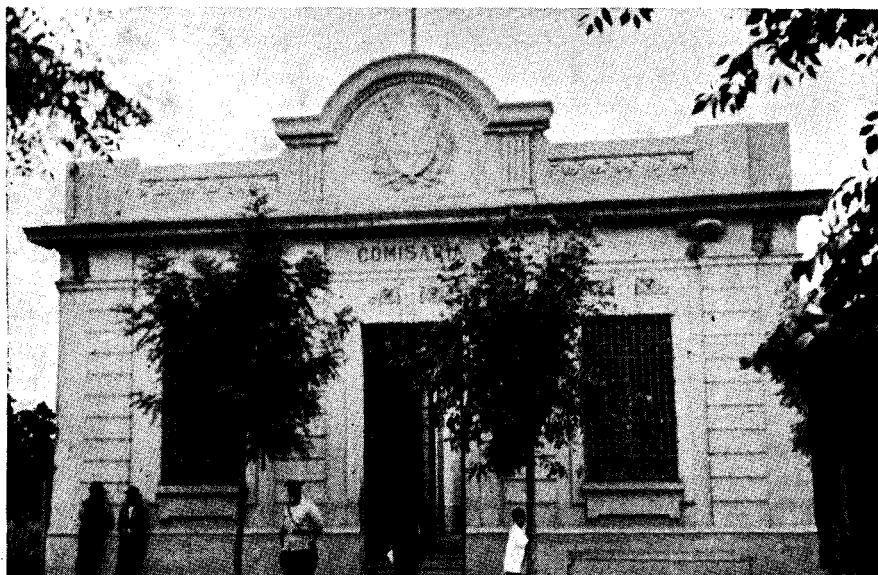


FIG. 1. — Vista tomada por el Sr. Enrique Fabini, del frente de la comisaría de Soca (R. O. del Uruguay).

Ha sido tomada en el pueblo de Soca (antes Mosquitos) y corresponde al frente de la comisaría de esa localidad del vecino país.